

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comi-
sionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs. al trimestre.—
El trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—
Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saave-
dra, 55, rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SR. D. NICOLÁS MARIA RIVERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de
Junio de 1869.

Abierta á la una y media y leída por el señor secretario Sanchez Ruano el acta de la anterior, fué aprobada.

Las Cortes quedaron enteradas de que los señores Figueras y Soto no podían asistir á la sesión por hallarse enfermos.

Se acordó archivar el acta de la promulgación de la ley fundamental que se remitió de Burgos.

El Sr. FERNANDEZ VALLIN: Tengo que dirigir una pregunta al señor ministro de la Guerra; y como quiera que no se halla presente, desearia que la mesa se sirviera ponerla en su conocimiento.

Segun tengo entendido, el señor duque de Montpensier ha hecho una manifestacion al señor encargado de negocios ó cónsul en Portugal adhiriéndose á la Constitución del Estado, y me parece oportuno que se sepa lo que haya sobre esto, y si hay dificultad en que las Cortes conozcan el documento en que eso conste.

El señor PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del señor ministro de la Guerra.

ORDEN DEL DIA.

El señor PRESIDENTE: Continúa el debate sobre el proyecto de ley de regencia.

El Sr. HERRERA: Tengo que rectificar algunos conceptos equivocados que me atribuyó el Sr. Navarro, ya que el sábado no me fué posible hacerlo, por más que no sea aficionado á rectificaciones que pudieran llamarse tardías.

Supone S. S. que yo habia entendido que habia defendido la república unitaria, y no hay nada de esto; lo que dije fué que por haberse colocado bajo un punto de vista apasionado, combatí de tal modo la regencia, que hasta llegó á indicar que antes que esta preferiria la república unitaria.

Manifesté tambien que yo habia tenido la singularidad de decir que la regencia que se nombre será un poder inmovil á la vez que todo lo que en su derredor exista será móvil y podrá ser separado por él. Sin embargo, yo no he sostenido ni podido sostener eso ante las Cortes Constituyentes, puesto que no puede disolverlas, como tampoco el monarca cuando las Cortes tienen ese carácter, segun lo prevenido en el art. 412 de la Constitución. Fuera de esto, será inmovil, toda vez que representa á la monarquía.

Yo, señores, no pretendo que España se encuentre en una situación idéntica á la en que se encontraba la Bélgica, ni que sean iguales el temperamento, el carácter nacional ni la historia de estos dos países; pero sí que es el ejemplo más adecuado; porque querer comparar esta nación con la de Méjico en todas sus condiciones y preparada á tantas desgracias y desastres, no entiendo que sea acertado.

El Sr. NAVARRO Y RODRIGO: No creo que tenga aplicación á nuestro país el ejemplo de Méjico. Tuve el sábado la honra de exponer los motivos en que fundaba la poca oportunidad de traer para el estado presente de nuestro país ese ejemplo; y ahora debo añadir que con ser un país tan sedado y morigerado; que con no haber ofrecido el pueblo belga ningún espectáculo como los que aquí hemos ofrecido últimamente, sobre todo en las regiones andaluzas, con todo eso, hubo de constituirse el segundo ministerio de la regencia con la misión de traer á toda prisa el rey, porque los hechos de fuerza amenazaban venir sobre aquel Gobierno.

Creo de alguna oportunidad hasta cierto punto el ejemplo que yo presenté de Méjico, por lo que voy á decir.

Allí vinieron las desdichas y los males por no haber cerrado á tiempo el periodo de la interinidad, por no haber cerrado á tiempo la revolución que se inició de 1820 á 1821. Y debo añadir al señor Herrera, que ha dicho esta tarde, como todos habéis dicho, que allí no hubo regencia, debo decirle á S. S. que está completamente equivocado; allí hubo regencia, de cuya regencia era presidente el padre del que fué emperador. Irribide, como tambien hubo un Gobierno provisional.

¡Dios quiera que por no haberse cebido cerrar aquí el periodo de interinidad, no vengan sobre este país males y desdichas semejantes!

El Sr. HERRERA: Cierzo que hubo allí regencia, pero fué la múltiple, y no como la proponemos nosotros.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Ochoa tiene la palabra en contra.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Señores diputados, me levanto á hablar de la cuestión de regencia haciendo uso de la palabra para consumir el segundo turno en contra; en contra, sí, aunque luego vereis cómo yo trato la cuestión de la regencia. Y me levanto, señores diputados, creyendo no ejercer un derecho, sino cumplir un deber, y deber sacratísimo, que me han impuesto los que con sus sufragios me han colocado en la cumbre de este afortunado parlamento.

Yo, el más insignificante de mis compañeros, el menos elocuente, el de menos conocimientos, el de más escasas facultades, tengo en cumplimiento de ese deber que alternar con oradores eminentes en la discusión trascendental para mí, para la Cámara y para el país, de la regencia. Dispensadme si no llevo cumplidamente mi cometido, y concededme vuestra indulgencia para escucharme, no mucho tiempo ni grandes cosas, sino breves momentos y poquísimas palabras.

Ante todo, señores diputados, yo llamo vuestra atención sobre el carácter antiparlamentario de lo que al principio fué proposición de ley sobre la regencia, y de lo que hoy es proyecto de ley. Es cosa singular lo que sucede en esta Cámara. La Cámara, segun dicen, más libremente elegida; la Cámara que, segun decís todos vosotros, más libremente funciona; la Cámara compuesta de elementos más diversos; la Cámara donde debia haber más iniciativa individual, más independencia del diputado, esta Cámara se conduce como yo no conozco en los fastos parlamentarios que se haya conducido ninguna otra Cámara. La mayoría callada, la mayoría se reúne....

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, guarde S. S. el decoro que debe á las Cortes y á la mayoría.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Está bien, señor presidente; las indicaciones de S. S., representante de la autoridad en esta Asamblea, son órdenes para mí, y yo las obedeceré.

Decía, señores diputados, que tenía que principiar combatiendo este proyecto de ley por su carácter antiparlamentario. debiendo añadir que no es este el primer proyecto antiparlamentario que se ha presentado en esta Asamblea. Un día, vos-

otros lo recordais, se presentó aquí una proposición que envolvía la completa reforma del Reglamento, que envolvía la proscripción de los derechos que pueden tener las minorías, que envolvía la muerte de la iniciativa....

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, las proposiciones aprobadas por las Cortes tienen carácter de ley y son respetables por todos, y más en particular por los individuos del Parlamento.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Señor presidente, no era mi ánimo combatir ese y otros acuerdos; era combatir la manera con que fueron presentados, ó más bien que combatir, hacer historia, recordar la manera....

El señor PRESIDENTE: No viene S. S. á hacer historia, sino á impugnar el proyecto de regencia.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Digo que este proyecto de ley es completamente antiparlamentario, y que se parece á algunos otros que vosotros recordais; y es completamente antiparlamentario, porque después de votada la Constitución, lo que en mi concepto procedía era que los que tuviesen la idea de que se estableciera la regencia dijeran: «Aquí está esta proposición de ley; la presentamos á las Cortes y sometemos á su deliberación y á su votación; vean si conviene establecer ahora la regencia ó proceder de una manera definitiva á la constitución de la monarquía por medio de la elección de monarca.» Después que la Cámara hubiera hecho esto; después que la Cámara hubiera acordado, si lo acordaba, que era conveniente en las actuales circunstancias el establecimiento de la regencia; después que la Cámara hubiera decidido que no procedía ahora; que no era conveniente la elección de rey, sino la erección de la regencia: después de esto, podía venirse aquí con otra proposición, sometiendo á vuestra deliberación y á vuestros votos el carácter de esa regencia, si debía ser una ó múltiple, trina, quina ó única; después que todo eso hubiera estado aprobado, así que se hubiera decidido si la regencia debía ser una, trina ó quina, es cuando en mi concepto procedía el venir con otra proposición de ley designando las atribuciones que debía tener el regente si era uno, ó los regentes si eran más de uno, el sueldo que debían disfrutar, los honores que debía tributarle, y el domicilio que debía habitar. Y no venir á las Cortes Constituyentes con una proposición en donde se comprende todo eso para discutir de una vez, atropelladamente, como no puede menos de suceder al tratar de un asunto tan importante en un solo artículo.

Porque esto, señores, parece que es trivial, parece que es pequeño, parece que es insignificante, y sin embargo, es de una importancia suma. Si, señores, es de suma importancia, porque mañana, cuando esa proposición ó proyecto de ley esté discutido y se proceda á la votación, habrá diputado que tal vez quiera la regencia y que no quiera que sea una; habrá diputado que quiera la regencia y que quiera que sea una, no trina, y habrá diputado que quiera la regencia y que no esté conforme con esta ó la otra atribución que se le confiera, con los honores que se le tributen ó con la asignación que se le conceda; y este es otro de los inconvenientes que tiene el presentar todas estas cuestiones en una proposición que contiene cuatro renglones, y estoy por decir cuatro palabras.

¿Cómo se verifica la votación? ¿Qué hacen los diputados que estén conformes con la idea de la regencia, pero que discrepan en todos los demás extremos que esa proposición comprende? ¿Cómo expresan esos votos? ¿Cómo manifiestan al país sus ideas, sus intenciones, sus deseos? Ved, pues, señores diputados, cómo una cosa, al parecer insignificante y pequeña, es de importancia suma, porque con el proyecto que se discute, la decisión de los diputados, lo que piensan, lo que quieren decir, queda cortada en cierta manera, y tienen que circunscribirse á lo que la proposición marca, sobre todo si el diputado ha de votar en cierto sentido y accediendo á ciertos compromisos.

Otro vicio de este proyecto de ley es la inconstitucionalidad. Este proyecto es altamente inconstitucional. La Constitución no dice que se establezca la regencia, que haya uno ó más regentes que sean representantes de la monarquía, como aquí se dice, sino cuando el rey ó esté imposibilitado ó sea menor de edad. Y es extraño que la mayoría que hizo ayer la Constitución, que la votó ayer, que la promulgó ayer, y que hacia tantos alardes de respeto, de amor á la Constitución, sobre todo cuando algunos oradores hacían ciertas indicaciones y ciertas alusiones á los individuos que se sientan en estos bancos, es extraño que esa mayoría venga aquí hoy á discutir la regencia con un proyecto, además de anti-parlamentario, anti-constitucional.

No hay en la Constitución mas que dos casos para poder establecer la regencia: la incapacidad del monarca ó la menor edad del rey. ¿Nos encontramos en alguno de esos casos? No. Y no sirve decir que hay otro artículo que dispone que cuando se concluya una dinastía las Cortes harán nuevos llamamientos como más convenga á lo nación.

No, no sirve decir eso, porque en ese caso se halla establecido en la Constitución que el Consejo de ministros rija y gobierne el país hasta que se haga el llamamiento. La Constitución que entonces no se debe establecer la regencia, sino que se debe inmediatamente proceder al llamamiento de una nueva dinastía que reemplace á la que se ha extinguido.

Y esta es, señores diputados, la ocasión oportuna para que yo recoja las indicaciones y alusiones más ó menos duras, más ó menos acerbos, que se han dirigido á los individuos que nos sentamos en estos bancos porque no hemos votado la Constitución y porque no la hemos firmado. Yo debo recoger y recojo en este lugar oportunísimo esas alusiones, porque crea ver en algunas de ellas lo que está sucediendo por desgracia en la práctica contra lo que desea y pretende (yo hago esta justicia) el Poder ejecutivo, que se quiere privarnos de los derechos que tenemos los partidarios de cierta doctrina, los adversarios del liberalismo consignado en la Constitución. Y eso tengo yo que rechazar, y lo rechazo altamente, con todas mis fuerzas, porque al no votar ni firmar la Constitución, y al no tomar parte en cuanto se refiera á la promulgación, al juramento y á todas las demás solemnidades que habéis creído necesarias ó convenientes para dar fuerza á esa Constitución, no creo haber faltado en nada absolutamente á los deberes de representante de mi país, y mucho menos haber bolido, haber conculcado los deberes que vosotros que creéis tienen en esta materia los diputados de la nación.

Yo no he votado ni firmado esa Constitución, porque no la acepto, porque haciendo uso del derecho que tienen todos los ciudadanos, y que tengo yo además como diputado de la nación, pienso combatirla pacíficamente, de una manera legal, en

todo terreno legítimo, principiando por las Cortes Constituyentes....

El señor PRESIDENTE: Principiando por respetarla en su puesto: ¿no es eso, señor diputado? Porque yo no puedo permitir á V. S. que comparta la Constitución sin que antes haga la declaración de que la respeta y la acata como ley.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): A eso iba ahora, señor presidente.

El señor PRESIDENTE: Hubiera sido mejor antes.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Prescindiendo de las indicaciones que se han hecho aquí por algún individuo de la comisión y por algunos señores republicanos días pasados sobre el derecho de todos á combatir la Constitución, y dando al señor presidente de la Cámara una prueba de que respeto la Constitución, digo que yo no la he votado ni la he firmado porque no la acepto; claro está que si yo me he de revolver, si yo me he de agitar, si yo no he de hacer otra cosa que andar dentro del terreno de la ley, no tengo necesidad de decir que acato la Constitución, como no tiene necesidad de decirlo nadie para que la acate, como no tiene nadie necesidad de jurar la Constitución para acatarla. Pues qué, ¿es condición esencial de toda ley que oblige desde su promulgación hasta que se varíe ó se derogue? Pues qué, ¿hay necesidad de que las leyes civiles, las leyes penales y toda clase de leyes sean votadas por todos los diputados, en pró ó en contra, y que sean juradas para que obliquen al país?

Si yo no voté ni firmé la Constitución es porque en uso de mi derecho y en cumplimiento de mi deber quisiera llevar mi resistencia legal hasta este punto, porque me gusta, radical como soy, llevar mi resistencia hasta donde me permitan las leyes. Esta, y no otra, me parece á mí la verdadera doctrina en el asunto de que trato. ¿A dónde iríamos á parar si un abogado, porque no estuviera conforme con una ley, no se pudiera presentar ante los tribunales á defender á su cliente con arreglo á ella? ¿A dónde iríamos á parar si un jurisconsulto, porque no estuviera conforme con esa ley, no pudiese escribir sobre ella y hacer los comentarios que creyera convenientes, presentando observaciones oportunas, rechazando algunas disposiciones y rechazándolas de cierta manera, de la manera que se rechazaban en ese terreno los preceptos de la ley que no sean buenos y justos?

Decir que el que no hace eso, que el que no vota ni firma no procede bien; decir más: decir que no procede con dignidad porque pide el cumplimiento de esa ley, porque pide que el derecho sea igual para todos, porque pide la ejecución exacta de esa disposición que rechaza, me parece que no es propio de personas ilustradas, distinguidas y de tanto esclarecimiento como todos los que os sentais en estos bancos.

Ni el juramento es necesario para que la ley sea ley. Y yo me opondría á que lo fuera, aunque no fuese más que para que me se diera el ejemplo que se ha dado con las demás Constituciones, el ejemplo de que cuantos las han jurado al poco tiempo las han destruido, no legalmente, como se dice que se ha de hacer ó se pretende que se haga con esta Constitución, sino por medio de la fuerza, y yo me opondría á que el juramento fuese necesario, aunque no sea más que para evitar ciertos perjuicios que por fortuna no son ni siquiera pechos, porque el que no acepta la Constitución, si por deber tiene que jurarla, lo hará con las reservas mentales de que aquí se habló el otro día, con las reservas mentales con que hemos obrado todos cuando hemos tenido que jurar Constituciones ó leyes con las cuales no estábamos conformes.

Esta no es, sin embargo, regla de conducta para ahora, aunque ha tenido que ser antes. A propósito de una discusión solemnisima, yo tuve el gusto y el honor á la vez de decir: «Si más hacéis jurar la Constitución para ser diputado, no entro por esas puertas.» Y ahora añado: «Si para ser abogado he de jurar la Constitución, no lo juro, no quiero hacer reservas mentales, no quiero ser abogado: si para ser ciudadano español se exige el jurar la Constitución, quiero mucho salir de mi patria; pero el ejemplo de mis mayores me alienta; é iría á vivir fuera de ella en la proscripción. Ni como ciudadano, ni como abogado, ni como diputado juro la Constitución. Tal es la severidad y rigidez de mis principios. Empero, ya que no tengo hoy otra ley que la Constitución, ya que no encuentro hoy otra regla de acción, ya que no encuentro otra norma de conducta á la cual los ciudadanos han de ajustar sus actos, á la manera que el abogado que no está conforme con la ley va, sin embargo, á defender el derecho de su cliente por lo que esa ley previene; á la manera que ese jurisconsulto que escribe comentarios y rechaza tambien ciertas disposiciones de la ley, yo vendré un día y otro día, una hora y otra hora á pedir que esos derechos concedidos por la Constitución se extiendan á todos los ciudadanos, que la Constitución que acabais de promulgar sea norma de acción, regla de conducta, como debe ser toda ley general y universal para todos los ciudadanos.

Señores diputados, si la proposición de regencia, aparte de ser una proposición antiparlamentaria y anticonstitucional, fuera una proposición que trajera alguna solución al país, que remediará los males presentes, que sacará á la nación de las circunstancias en que se encuentra, no me hubiera levantado hoy á combatir la idea de la regencia. Yo soy tan poco afecto á ciertas cosas, que hubiera prescindido de estos defectos parlamentarios y constitucionales, que si dentro de este sistema, dentro de este orden de cosas tienen suma importancia, como he tratado de demostrar, no lo tienen de una manera absoluta para mí que no soy muy afecto que digamos á ciertas cosas.

Me he levantado, pues, porque además de antiparlamentaria y anticonstitucional, la regencia es un paliativo, un expediente que no sirve más que para prolongar la enfermedad gravísima que hoy sufre el país. Es un expediente y un paliativo, adoptado, no en odio, como decía el otro día cierto diputado republicano, á la república, sino por miedo á la república, no porque convenga enaltecer la erección de la monarquía por la elección con probabilidades de acierto del monarca, como nos han dicho los señores de la comisión, sino por impotencia de levantar la monarquía consignada en la Constitución. Sabido es, señores diputados, que la monarquía se estableció aquí principalmente porque la voluntad del país era esa, porque la monarquía constituye un lazo de unión de todos los elementos de todos los intereses, de todos los deseos, de todas las personalidades del país, un lazo permanente, fijo, por lo tanto, en lazo con el cual no corren peligro esos intereses, esos deseos y esos sentimientos, lo que no sucedería con la poca consistencia que tendría un Gobierno republicano por las oscilaciones á que tiene que estar sujeto, dada la amovilidad que á su poder supremo es esencial.

Pero la monarquía se estableció aquí dándola para vivir una atmósfera republicana, atmósfera extraña á su naturaleza, á lo que es el carácter esencial de la monarquía. Y es claro, esa monarquía no puede subsistir; el menor vendaval político, la menor aza de viento contrario la derriba, y antes de derribarla, impide que se levante. ¿Cómo queréis que una monarquía democrática, como se llama esta, que tiene por base los derechos individuales, con los cuales no hay inmovilidad, permanencia y perpetuidad posibles, que son las condiciones esenciales de la monarquía, cómo queréis que subsista una monarquía basada en los derechos individuales, coronada con el gorro frigio y rodeada de un ejército republicano? Porque le tenéis, señores republicanos; es necesario hacerle esta justicia; tenéis un ejército organizado, y tenéis tambien esas asociaciones, que enlazadas entre sí, constituyen hoy un Estado dentro de otro Estado. ¿Cómo queréis que subsista, estando vosotros aquí tambien para combatir esa monarquía á todo trance, á pesar del respeto hacia ella que la presidencia os impone, á pesar del respeto que la Constitución debe inspiraros, y á pesar de las declaraciones que se han hecho por los individuos de la comisión constitucional? ¿Cómo queréis que esa monarquía subsista? ¿Qué na de subsistir? ¿Cómo esperar que la monarquía nazca, cómo esperar que haya un monarca que venga á sentar sus pies sobre la arena teniendo el trono en el aire y cubriendo su cabeza con el gorro frigio? Eso es imposible; y por eso es, señores de la mayoría, por lo que no habéis hallado ni hallaréis candidato que venga á ocupar el asiento de esa monarquía democrática, que es para la nación española lo que yo creo que es en las Cortes Constituyentes esa especie de levadura medio republicana, medio monárquica, que por conveniencia del país sin duda y por puro patriotismo se ha ingerido en la masa de los partidos liberales que hasta ahora se han levantado en España.

Digo que es un expediente la regencia, no por odio á la república, sino por miedo á la república, porque del banco ministerial, del banco de la comisión y de los bancos de los diputados de la mayoría han salido siempre voces elocuentísimas que nos han dicho con toda la sinceridad que aquí solemos hablar todos, que ellos no tenían solución determinada, que no tenían más solución que la monarquía; pero que si veían, si se convencían de que era conveniente el establecimiento de la república, lo establecerían desde luego; y ¡ojalá! ha dicho algún señor diputado sumamente respetable, ¡ojalá! ha dicho varias veces, se levantara entre nosotros un nuevo Washington que pudiera hacer que España entera á la grande, á la civilizada, á la joven, á la poderosa república de los Estados Unidos! ¡Y creéis, señores diputados, que quien así se expresa, que quien estos deseos manifiesta, que quien tales sentimientos abraza, odia la república? No, porque si odia la república, no se hubieran hecho ciertas declaraciones para poder combatir la Constitución, no se hubieran en la práctica tolerado ciertas cosas; tolerado, dig, no consentido, porque yo sé que el Gobierno no consiente estas cosas.

Yo reconozco el patriotismo de los señores que componen el Poder ejecutivo, yo sé que no pueden permitir ciertos actos; pero sé que se encuentran con males dentro de la revolución y que no pueden menos de tolerarlos, sopena de traer gravísimos conflictos sobre el país, conflictos que habrían sido mucho más trascendentes que algunos otros de los que en España han ocurrido y que se han llamado insignificantes. En este caso se encuentran los sucesos que han tenido lugar en ciertas ciudades de Andalucía, sucesos que yo recuerdo siempre con pena, porque yo recuerdo siempre con sentimiento todo lo que trae á mi memoria la efusión de sangre. ¿Cómo queréis, digo, que el Gobierno, que se ve en la precisión de tolerar que haya huestes republicanas tan poderosas ó más que las mismas huestes monárquicas, huestes equipadas, huestes uniformadas, huestes que tienen en su favor la virilidad, la fuerza, la energía de unas huestes jóvenes, que se levantan en aras de una idea, de un sentimiento, de un pensamiento utópico y extraviado, como yo creo que lo es, pero que tienen la fuerza, el vigor y la energía que da el pensamiento nuevo, nacido tal vez en vista de las calamidades anteriores de la patria, cómo queréis, digo, que el Gobierno, que la mayoría establezca la regencia en odio á la república, cuando consienten que esas huestes se conduzcan con completa autonomía, y que á esas huestes hagan tambien corra algunas autoridades importantísimas, autoridades que el día de la promulgación de la Constitución, á pesar de ser autoridades dependientes del Gobierno....

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): Ruego á V. S. que se ceda á la cuestión.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Creo que estoy en ella, señor presidente.

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): Estamos discutiendo la regencia.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Creo que estoy en el caso de demostrar....

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): Creo que V. S. cree mal.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Señor presidente, desearia que V. S. me permitiera decir dos palabras con el respeto que se merece la presidencia.

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): Diga V. S. cuantas quiera.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Estoy tratando de demostrar, regularmente no lo conseguiré, que la regencia es un expediente inventado en la impotencia de erigir la monarquía democrática que ha establecido la Constitución, ó mejor dicho, en la impotencia de completarla con la elección de monarca, y que es expediente no se ha inventado en odio sino en miedo de la república. Por consiguiente, me parece que haciendo comparaciones entre estos dos extremos estoy dentro del tema de la discusión....

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): Ruego á V. S. á pesar de esas comparaciones, se ceda á la cuestión un poquito mas.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Tal vez vosotros comprendierdes la necesidad de que yo continúe, la razón por lo mismo, que yo no quiero indicar, que puede haber para que la regencia se establezca, no en odio, sino en miedo á la república. Esta razón es de actualidad, es de este momento, consiste en lo que me acaba de suceder.

Pero este expediente que tiene algo de representación monárquica y algo de disfraz de república, ¿será una cosa anómala, irregular, insignificante y que apenas pueda tener vida para dañar las instituciones que se han levantado en este país y para perjudicar sus intereses respetables y santos? Creo que no; sin embargo, yo no juzgo, como algunos pueden sospechar, que la regencia sea ni una dictadura, ni un ensayo de minoría, y con el respeto debido á la Presidencia, ciñéndome al tema,

siendo quasi escolástico, os diré la razón que tengo para creerlo así. Para que la regencia no sea un ensayo de minoría, como algunos pueden sospechar, tengo yo la razón de la palabra empeñada aquí de la manera elocuente con que la empeña siempre que se levanta con este objeto el señor general Prim: aquellos tres jamás, aquellos tres imposibles que yo recordaré con gusto toda mi vida, porque tanto antagonismo existe entre vosotros y el infante D. Alfonso como entre los que nos sentamos en estos bancos y el hijo de la infanta Doña Isabel. Por consiguiente, esos tres jamás, esos tres imposibles son para nosotros una prenda de seguridad, prescindiendo, por supuesto, de historias pasadas que algunos recuerdan cuando quieren hablar de ciertas cosas, y que yo no debo tomar en cuenta, porque como hombre nuevo, desde hoy, y nada más que desde hoy, debo tomar este asunto.

Aquellos tres jamás aquellos tres imposibles creo yo que han de impedir que la regencia sea un ensayo de minoría. ¿Por qué? Porque el general Prim, uno de los elementos principalísimos de la revolución de Setiembre que aquí representais, no consentiría nunca que el futuro regente se extralimitase y quiera abrigar planes que sería una ofensa á su caballería el suponerlos, porque al fin yo debo indicar aquí, porque yo debo tomar acta de todo cuanto halle fluctuando en la opinión pública, y una de las cosas que yo he encontrado en la opinión pública, quizá maldiciente, quizá calumniosa, es eso que acabo de indicar.

Por eso yo he debido venir como adversario profundo, aunque leal y noble, de la infanta doña Isabel y de su hijo el infante D. Alfonso, ó levantar aquí mi voz para protestar contra esos planes que calumniosamente tal vez algunos indican, y para persuadirme más y más de que no acontecerá nunca ese suceso.

Digo que no es una dictadura ese expediente de regencia por el carácter especialísimo del general duque de la Torre. Todos vosotros recordais los incidentes parlamentarios de alguna consideración que ha habido en esta Cámara.

Cuando en ciertas cuestiones, yo no sé si trascendentes ó insignificantes, se ha levantado aquí algunas de esas que se llaman tormentas parlamentarias, vosotros habéis visto hacer uso de la palabra al señor duque de la Torre siempre moderando los ímpetus, siempre conciliando los ánimos, siempre aplacando las tormentas. Está eso en su carácter, está eso en su naturaleza; yo, que hago justicia á todos, me complazco en reconocerlo así.

Pues bien, yo creo que ese futuro regente, que esa general distinguido del ejército español, no puede en ninguna circunstancia, en caso alguno, pensar en la dictadura.

Sin embargo, yo quisiera, por lo que pudiera suceder, que alguien se levantara á protestar contra eso y á darnos seguridades y garantías de que no sucedería, no por mí, sino por el país; pero repito, yo creo que ese general ilustre, tan moderador, tan conciliador, tan lleno de dotes especiales para conjurar toda tormenta parlamentaria y de seguro tambien social, no puede ser dictador.

Además, señores diputados, la dictadura no se discute, aunque sea en su disfraz; la dictadura se impone, y al general duque de la Torre estamos discutiendo aquí de una manera más ó menos encubierta, más ó menos enmascarada.

Si, pues, la regencia no es un ensayo de minoría ni de disfraz de dictadura, sino un expediente, un paliativo en miedo á la república y en la impotencia de crear la monarquía, ¿qué circunstancias, qué motivos, qué causas hay para que se trate de establecer esa regencia en nuestro país, aplazando la constitución definitiva del mismo? Porque cosa más rara, señores diputados, fenómeno más singular que el que sucede en este asunto, yo no lo he visto jamás.

Desde el primer momento en que estuvisteis reunidos todos vosotros, os concertasteis, sin género alguno de acuerdo previo, en tratar de constituir el país todo lo antes que fuera posible. El presidente del Poder ejecutivo cuando presentó constituido ese mismo Poder y dió las gracias por el voto de confianza que le dió la Cámara, os encareció sobremedran la pronta constitución del país: «las crisis como esta, decía, son sumamente peligrosas, y es necesario que se constituya la nación de una manera definitiva, pronto, muy pronto, lo antes que sea posible.» El señor general Prim abundaba en los mismos deseos, y el señor ministro de Marina expresaba admirablemente idénticos sentimientos. «Cuando comenzamos la revolución, decía, lo hicimos embarcados en los buques de la escuadra: hoy estamos á bordo de una de esas fragatas. Cuando nos embarcamos, no hay más que dos caminos, ó mejor que dos caminos, dos desenlaces: ó llegar á puerto seguro ó naufragar.» Pues bien, después que hemos llegado cerca del puerto, estando en la conclusión de la constitución del país en el modo revolucionario que vosotros podiais apetecer, después que estais, por decirlo así, á las puertas del gran edificio de la revolución de la revolución de Setiembre, ¿hemos de creer que no se puede poner la cúpula, que no se puede coronar el edificio, y que es necesario dárle el golpe á todas las inclemencias del tiempo?

Esto, señores diputados, es un naufragio implícito, es la realización de aquel de los dos extremos que presentaba el señor ministro de Marina cuando os encarecía la pronta constitución del país. Esto es tanto como decir que el enfermo, que este país, que se halla fuera de quicio, que vive en la anarquía y que creo continuará viviendo en ella con la república ó con la monarquía, siempre que subsista este orden de cosas, no hará mas que variar de postura, no hará mas que variar de carácter en esa interinidad que atraviesa, mientras no se normalice, mientras no se legalice de otra manera que con esa regencia, de la que vosotros esperais mejores frutos de los que ha producido la actual interinidad. Yo confío mucho en el patriotismo del duque de la Torre y de los ministros que compongan el Consejo del regente, así como confío mucho en la lealtad de todos los señores diputados. Pero ¿será posible que el país varíe de situación, que es lo que necesitáis?

Echad una ojeada sobre el país, ved su situación. Ahí teneis la Iglesia no sé cómo; el Clero viviendo de limosnas; la familia casi disuelta; la propiedad casi no se conoce; cada ayuntamiento siendo un rey; cada diputación provincial otro poder tambien independiente; cada batallón de Voluntarios siendo una hueste de la república ó de la monarquía, pero más todavía de la república que de la monarquía. Ved cómo está la riqueza pública, el crédito y todos los intereses conservados del país; ved tambien cómo andan las clases conservadoras sociales, á las cuales encontrarais emigradas en uno de los dos reinos vecinos, en Francia ó en Portugal, y emancipadas de la actual situación política.

¿Crees que con la regencia va a salir el país de esta situación? Yo creo que no saldrá ni con la república ni con la monarquía, es decir, con la Constitución definitiva que habéis dado al país, por consiguiente, mucho menos ha de salir con la regencia.

Pues qué, ¿no es el general duque de la Torre el presidente del Gobierno provisional y hoy del Poder ejecutivo? ¿No ha ocupado ese puesto con el beneplácito y consideración de los revolucionarios, los cuales han cedido ante él sus divergencias en aras del entusiasmo que en todos produjo el heroísmo de tan ilustre general? ¿No tiene el duque de la Torre, como presidente del Poder ejecutivo, el apoyo de la Cámara para todo absolutamente? ¿No tiene en su mano cuantos medios de acción pueden apetecerse para enfrenar las demasías y las pasiones, y para hacer entrar a este país en el cauce verdaderamente conservador por donde debe ir? Si, pues, ahora teniendo todo ese prestigio, todas esas consideraciones, toda esa fuerza y todos esos elementos morales de apoyo, no hace lo que está reclamando el país, ¿qué va a hacer el día de mañana que las Cortes estén cerradas, que haya un interregno parlamentario y que tenga que confiarse a los consejos de los individuos del ministerio, siempre sabios, pero que al fin constituyen un número reducido de individuos sin la autoridad que hoy la Asamblea constituyente a los que forman el Poder ejecutivo? Caso de que no sean los que hoy existen, caso de que fuesen otros ciudadanos, por muy patriotas que sean, por muy llenos de entusiasmo que se hallen en favor de la revolución de Septiembre, y por desdichados que estén de consolidar el orden revolucionario que sea compatible con cierta libertad revolucionaria también, ¿qué recurso queda para lograr esos fines? Y aun en el caso de que continúen los mismos ministros, ¿todavía como están de todas esas cualidades, y por más que tengan inteligencia suma y ardiente corazón, ¿podrán estos señores conjurar los males de este país y matar la anarquía que hoy se siente, cuando las faltas el apoyo de las Cortes, cuando están entregados a su propia iniciativa? De ninguna manera: no lo han hecho cuando eran Gobierno provisional; ni después cuando han estado con el apoyo de las Cortes siendo Poder ejecutivo: ¿cómo lo han de hacer dadas las circunstancias en que hoy nos hallamos, aunque se proclame la regencia?

Cuidado, señores, que yo no vengo aquí a destruir ni a levantar ministerios: por mi situación especial sé que estoy alejado de cierta política, que me permitiré llamar personal; si cualquiera de mis palabras pudiera traer la caída o la elevación de un ministerio, yo enmendaría.

Pues bien, suponed que sean otros hombres los que compongan el ministerio que forme la regencia: ¿por altí y elevadas que sean sus dotes, ¿podrán remediar todos los males actuales? Tampoco: esos individuos pertenecen a la mayoría de la Cámara y la mayoría ha aprobado y aprueba por completo y sin restricción de ningún género la conducta de ese regente, que es muy patriótico, que es muy entendido, que es muy digno y muy amante de la justicia, pero que no tiene más remedio que contemplar con ciertos males y consentir, sucumbiendo a la fuerza de las circunstancias, la anarquía que se siente en el país. Decidme, pues, si con la regencia hay manera de que cese este estado de anarquía.

Creo, por tanto, que con la regencia no hacemos más que prolongar la interinidad actual; que con la regencia, venga o no un ministerio de notables o un ministerio de hombres importantes si, pero de menor talla de la que tienen los que se llaman notables, nada podrá hacerse. Por eso, yo la combatí, y quisiera que en vez de ella se trajese inmediatamente el monarca, presentando al efecto el oportuno proyecto de ley, pidiendo o que las Cortes lo eligieran por medio de votación, como se hace en toda clase de leyes, o bien por medio de un plebiscito, que en mi concepto sería lo más procedente, lo más oportuno y lo más legal, y no solo lo más legal, lo más oportuno y lo más procedente, sino también lo más seguro, porque el monarca que viniera aquí vendría con toda la popularidad posible, por medio de un plebiscito, garantido por supuesto con la libertad del sufragio, emitiéndose los votos con completa autonomía por parte del individuo, sin que el Gobierno, influido por la mayoría, emplease ciertos medios morales para torcer la opinión del país, y sin que vosotros, los republicanos, con las ideas que os han echado en cara los individuos de la mayoría, con la represión de la fuerza, coartarais la voluntad del pueblo.

Si no hacéis esto, si la Asamblea no decreta que se proceda a la elección del monarca para ver si con esa Constitución definitiva, aunque sea Constitución definitiva revolucionaria, sale el país de la anarquía en que se encuentra, yo creo que el país, atribuyendo esto a falta de atrevimiento, ó a impotencia, ó a miedo, va a convertirse en un verdadero campo de Agramante, porque todas las pasiones van a luchar, todos los partidos van a lanzarse a la palestra diciendo: «¿quiere que nuestros representantes no se han atrevido o no han podido o no han querido constituir el país, constituyámoslo nosotros?»

Yo no comprendo qué causas pueda haber para que no se constituya definitivamente; es más: creo que no existe ninguna causa que lo impida. El país está pidiendo con urgencia, está pidiendo con enojo, que se traiga cuanto antes un rey; porque, señores diputados, en España sucede un fenómeno singular. En España existe con tanta vida la idea monárquica... (Murmuros en la izquierda.) En la mayoría de España, quiero decir, lo cual no se opone a que los señores republicanos constituyan un Estado dentro de otro Estado.

En la mayoría de España existe con tanta vida la idea monárquica; está tan acostumbrado el pueblo a ver en la persona del monarca de tal manera esa idea monárquica, que estos nueve meses en que ha visto el trono vacante ha estado completamente fuera de quicio, fuera de su asiento, reclamando con urgencia el nombramiento de monarca; porque cree, ¡pobre país! cree fuertemente, y eso que está bastante desengañado y que procuramos desengañarle más, cree cáudamente que el rey constitucional puede hacer algo; que el rey que le deis tiene atribuciones para algo; que ese rey es una personalidad como la nuestra; que ese rey tiene siquiera la parte pequeña de soberanía que tenemos nosotros; y porque lo cree así, dice: «Ven, una persona que no sea de las que constituyeron la revolución de Septiembre; venga una persona que no sea de aquellas en quienes la revolución de Septiembre se personificó; venga una persona, sea la que quiera, extraña a todos esos elementos, para ver si pone orden, para ver si da tranquilidad y seguridad al país.»

Para eso, porque tiene esas creencias, está pidiendo a voz en grito, y todos lo oís, es imposible que no sintáis los gritos del país, está pidiendo a voz en grito la elección de un monarca, con alguna excepción por cierto: no lo pide tan en absoluto: el país protesta abiertamente y rechaza con toda su alma un candidato. Todos vosotros sabéis de quién se trata. Ese candidato es un extranjero que ha podido tener albergue en nuestro país; pero por grandes consideraciones, no sé si por las que expuso el Sr. Navarro y Rodrigo, el instinto se levanta y se subleva contra ese candidato que nunca podrá ser monarca de España. Hablo del duque de Montpensier.

Todos sabéis lo que quiere la mayoría del país. La mayoría del país quiere sobre todo, con la constitución definitiva del mismo, que se agrupen todos los elementos distintos y opuestos que representan los republicanos y los individuos de la mayoría monárquicos al uso de estos monárquicos modernos; la mayoría del país quiere que se concilie el elemento moral (hablo como cosa inmaterial); cuidado que yo no pongo en duda la moralidad de

nadie, ni de los republicanos, ni de los individuos de la mayoría, ni de los de ninguna fracción de la Cámara) con el elemento administrativo verdaderamente español; quiere que unida así cierta descentralización [que cierta] una cierta absoluta descentralización administrativa, cuanto se pueda conceder, con el respeto profundo y grande que debe al Catolicismo, única religión verdadera, se constituya, o mejor, se restablezca, teniendo la unidad de la monarquía, la vida tradicional, pero acomodada a las necesidades del tiempo y de la época en que ha de plantearse en España.

Pero sobre todo, por lo mismo que la mayoría de este país no tiene idea de la monarquía sino cuando ve al monarca; no tiene idea de la monarquía verdadera sino cuando ve al monarca verdadero (vosotros lo sabéis; todos los signos que puede dar un país lo están indicando así), quiere que venga aquí a representar esa monarquía, donde se han de conciliar todos los elementos, todas las voluntades y todos los sentimientos también, un monarca que, no siendo el rey de la fábula, como es el rey constitucional, ni siendo el escudo de la tiranía, de la arbitrariedad liberal, sea el lazo que a todos concilie, el símbolo que a todos adune, la institución que establezca para siempre, con el reinado del derecho, de la justicia y de la voluntad del país, la tranquilidad y la seguridad del país mismo, al amparo de una dinastía respetable, grande, y que lleve a España a la realización de sus más altos designios.

Señores diputados, yo que he venido aquí a expresar mis ideas con la sinceridad que os creo haberlo hecho, sin incurrir en contradicciones, quisiera la libertad y superior talento de mis contrarios procreasen en mi discurso contradicciones con que argüirne; yo que he venido a expresar mis ideas con absoluta franqueza, no puedo menos de decir que, en mi concepto, ha llegado el tiempo de que se abra paso a la justicia de Dios; y yo que me precio de sentir como siente el pueblo, yo que me precio de querer y desear lo que el pueblo quiere y desea, concluyo diciendo que la regencia es un imposible, que nace muerta, que nada resuelve; concluyo diciendo que la monarquía democrática es imposible; concluyo diciendo, en fin, lo que diré siempre: ¡Viva la monarquía tradicional y católica! ¡Viva Carlos VII.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, ¿le parece a V. S. que es digno dar vivas en este sitio convirtiendo la Asamblea nacional en plaza pública?

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Señor presidente, es un viva que manifiesta mi sentimiento.

El señor PRESIDENTE: No se dan vivas de ninguna suerte en la Asamblea nacional: basta Señor diputado.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Quisiera que V. S. me permitiera...

El Sr. PRESIDENTE: No permito nada sobre eso, ni aun para defenderlo.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Aquí se han pronunciado vivas a la república.

El señor PRESIDENTE: Si se ha hecho, se ha hecho mal: yo no lo he oído y ahora que lo oigo le digo a V. S. que semejantes vivas son contrarios a nuestra dignidad, son ultrajes a las Cortes Constituyentes.

El Sr. BECERRA: Señores: no pensaba tomar parte en esta cuestión; pero mis compañeros me han confiado el cargo de contestar al Sr. Ochoa, y no puedo menos de confesar que no sé por dónde empezar.

Al oír a V. S. que creía hallarse en el monte Arentino, yo creí que allí estaría el campo de Carlos VII (que ciertamente es extranjero por todos cuatro costados), y que de allí saldrían bombas, balas y granadas. No ha sido así, y el Sr. Ochoa ha venido a defender una monarquía que ya ha muerto; que murió en Vergara y en Cataluña y que el país no quiere.

El Sr. Ochoa, después de asegurar que los derechos individuales eran incompatibles con la monarquía, añadía que el pueblo español quería un monarca que no tuviera menos atribuciones y menos autonomía que ningún español. Pero ¿a qué discutir sobre las atribuciones del monarca? ¿A qué discutir sobre si vendrá un extranjero o no?

Tratamos, pues, de la regencia. ¿De dónde saca V. S. que la proposición que hemos presentado no es reglamentaria? ¿Dónde hay un artículo del reglamento que se oponga a ella? ¿Qué hay que hacer sino sustituir al monarca con la regencia cuando no tenemos monarca? Volada y aprobada la Constitución, aunque no la haya aprobado el señor Ochoa, ¿yo estoy seguro de que la respetaré, como la respetarán todos de grado o por fuerza, no había más remedio que elegir un rey o nombrar un regente?

Se dice que la revolución peligró, porque hay una perturbación grandísima, porque las clases conservadoras emigran, porque se hace un vacío a su alrededor. ¿Y de dónde deducis esto? ¿Habéis visto muchas naciones en que a los nueve meses de hecha una revolución trascendental estén más tranquilas que lo está hoy España? ¿Por qué emigran esas que llamáis clases conservadoras? ¿Hay acaso en este período más crímenes o más desórdenes que ha habido otras veces? No; muy al contrario, hay menos y por lo tanto, si esas clases emigran, no tendrían razón para ello.

Dice el Sr. Ochoa que España en su mayoría es monárquica. Yo no lo niego; pero lo que yo creo es que España es liberal y que no es partidaria de esa monarquía que V. S. defiende, que fue vencida en los campos de batalla y en los campos de Vergara, y que no habéis podido resucitar después a pesar de varios esfuerzos, a pesar de tener secuaces en los palacios, y de tener milagros, y de tener tantos auxiliares para volver a traerla.

Es verdad que la regencia es provisional; pero es precisa para llegar a la monarquía, como son precisas las preparaciones para llegar a los fines.

Y ahora bien, ¿ha de ser la regencia de cinco, de tres, o de uno? ¿Puede ser de cinco? No; no podrían esas cinco personas ser de distintos partidos, ni de uno solo; ni podrían ser hombres importantes, ni menos hombres desconocidos; esa regencia es, pues, imposible.

¿Será de tres? Se han hecho aquí argumentos sobre los malos resultados de la regencia única.

No queda entonces más que la regencia única; y admitida esta, no hay más que designar la persona. ¿Quién mejor que un general ilustre tan comprometido por la revolución como el duque de la Torre? Habrá indudablemente otras personas que reúnan estas condiciones; pero no serán muchas, y de todos modos la indicada las tiene. ¿A qué vacilar, pues? Nombrémosle así regencia, y no tema el Sr. Ochoa que el edificio venga al suelo porque faltando el monarca le falta la cúpula.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): El Sr. Becerra nos ha dicho que D. Carlos VII es extranjero. Yo digo a V. S. que no. Lo ha dicho V. S. sin duda no recordando que hay un decreto de España, reciente, por el cual, que es ley, según el cual Carlos VII es español y muy español, por lo que le digo a V. S. que no es extranjero con arreglo a ese decreto. Carlos VII seguirá siendo español, porque es hijo de padre español, que aunque ha nacido en el extranjero no ha renunciado a su nacionalidad; y todo hijo de padre español, aunque haya nacido en el extranjero, mientras no haya renunciado a su nacionalidad, es español según el decreto a su aludido. Por consiguiente, Carlos VII no tiene la tacha que le pone V. S. sino la ventaja, entre todos los demás candidatos al trono, de ser ciudadano español.

Ha dicho también el Sr. Becerra que SS. SS. darían una lección a Carlos VII si viene, como se le ha dado a la infanta doña Isabel que de hecho ocupaba el trono de España. Yo no puedo contestar a esto; no puedo decir a SS. SS. sino que si la voluntad nacional, que es la base de todo esto que

estamos representando aquí, me da un rey que no sea Carlos VII, lo acataré y respetaré, y no me agitaré, como no me he agitado durante los tiempos de la infanta Isabel, en otra esfera que la que se llama legal, reconociendo este hecho hasta que de nuevo se derrumbe el trono, en mi concepto ilegítimo, que se levante.

Pero como yo creo que la voluntad nacional en ciertos legítimos procedimientos será más difícil que las minorías, por la razón sencilla de que no está armada esa mayoría, y por la importantísima también de que consta de elementos conservadores, que siempre se agitan dentro de la ley, que nunca salen a cierto terreno, que no apelan jamás a recursos de fuerza, yo seguiré creyendo siempre que la voluntad nacional quiere ese rey tradicional y católico, pero acomodando las instituciones a las necesidades y al tiempo y que yo señorías debían respetar a ese rey, y por lo mismo que es producto del gran principio que V. S. proclaman en derecho político, de la soberanía nacional, ó sea de la voluntad nacional, voluntad nacional que viene a robustecer la legitimidad histórica, por lo mismo que viene a ser el apoyo que espontáneamente da el país a la legitimidad, por lo mismo que ese apoyo lo proclaman V. S. como principio fundamental de su sistema.

Vea, pues, V. S. como yo, que soy tachado, que suelo recibir injurias de cierto género cuando se trata de legalidad y de orden, soy más respetuoso que V. S. con la ley y con todo principio de derecho, sea como quiera, constituyase como se constituya, que exista en un país en un momento histórico dado, ó en muchos momentos históricos, al paso que V. S. están dispuestos a dar una lección a la voluntad nacional, voluntad nacional que no me negará ni me combatirá V. S., porque oradores de la mayoría se podrían levantar diciendo que no, que la voluntad nacional por signos exteriores que aquí se han revelado y por otras cosas es partidaria de la monarquía tradicional y católica representada en D. Carlos VII.

Que hay regencia cuando no hay monarca. Cierro; pero es cuando el monarca no existe ó por imposibilidad ó por ser menor de edad. ¿Hay aquí monarca? No, Sr. Becerra; yo comprendo lo que sucedió en Bélgica; yo comprendo que aquí hubieran venido V. S. con una proposición de ley proponiendo un candidato, que es lo que yo deseo, y vea V. S. como yo hablo de regencia y de la idea de regencia solamente, sin inmiscuirme en las cuestiones secundarias que la cuestión de regencia envuelve; yo comprendería, repito, que la mayoría hubiera venido con una proposición presentando a la deliberación y aprobación del Congreso un candidato determinado, y que en el caso de que hubiera sido electo como rey constitucional, ese rey, que es una cúpula, como ha dicho V. S. muy bien de relumbro, que no significa nada en el edificio; en el caso de haber sido electo, vuelvo a decir, se hubiese venido aquí con otra proposición de regencia pidiendo que la Cámara nombrara un regente interino que el monarca estuviese imposibilitado por cualquier causa para desempeñar ese nuevo destino que queráis dar aquí por elección. Esto sucedió en Bélgica, y si esto hubiera sucedido aquí, no hubiera tenido recurso para hablar, porque esto era lo perfectamente constitucional, y me hubiera tenido que resignar a guardar silencio.

Respecto a la cuestión de hoy, creo que esta Asamblea Constituyente, como toda Asamblea, señor Becerra, es una especie de gran jurado en donde se vienen a exponer las ideas, los hechos y las apreciaciones que sobre esos hechos hagan los señores diputados; después la opinión es la que hace de juez de todos nosotros y la que juzga quién ha dicho verdad ó quién ha faltado a ella; para eso son las discusiones. Yo creo, y es apreciación mía, que la felicidad de la patria consiste en la práctica de mis doctrinas; V. S., por el contrario, cree que la dicha del país se cifra en la práctica de las suyas. ¿Quién es el juez de esto? La opinión pública, que es la que a su tiempo dará la razón a V. S. ó a mí. Sinó, ¿a dónde vamos a parar si esto hubiera de constituirse en una especie de juzgado de primera instancia ó de audiencia territorial, y se viniera aquí con todos los documentos, con todas las pruebas y todos los datos necesarios para demostrar un hecho que aquí indicamos ó una apreciación que hacemos sobre un hecho?

Esto es imposible; yo no conozco mucho el parlamentarismo: soy un diputado novel y de los más jóvenes de la Asamblea; pero yo, no obstante eso, y aunque he profesado siempre doctrinas contrarias al parlamentarismo, creo que eso sería muy poco parlamentario: si V. S. quiere, sería muy forzoso, muy judicial, muy propio de los tribunales de justicia, pero no parlamentario. Por eso cuando me levanto a pronunciar un discurso y a decir que la mayoría del país quiere esto ó lo de más allá, y que opino que suceda lo otro ó aquello, no me levanto con todo el farrago de pruebas que podría alegar para demostrar mis asertos, porque la opinión juzga a unos y a otros, como nos juzgará a V. S. y a mí respecto a los discursos que hemos pronunciado.

Me ha dicho V. S. que no nos ha valido ni la intriga ni las armas en el sufragio universal para triunfar. Yo no puedo contestar a eso. En una de las sesiones de esta Cámara he expuesto lo que creía sobre el particular, y francamente, no estoy todos los días para reproducir ciertas ideas y para dar espectáculos parlamentarios que no os deben hacer gracia; que no hacen gracia ninguna al país, ni me hacen gracia tampoco a mí, aunque algo de vosotros, y sobre todo el Sr. Becerra, crea lo contrario, pues ciertamente es extraño que el señor Becerra se haya de ir a pronunciar su discurso en contra de las pocas y mal peregrinadas palabras que he dicho yo, afirmando que creía que yo venía aquí a lanzar relámpagos y truenos, que juzgaba que yo quería no sé cuántas cosas, y que haría no sé qué otras.

El Sr. Becerra sin duda cree que vengo yo al Parlamento a producir tormentas y tempestades; pues cuando V. S. de pánico, y crea que no; que mientras V. S. no me den motivo, no me levantaré nunca a promover esos incidentes parlamentarios; que nunca me levantaré con el fin de suscitáros, y que solo vuestra impaciencia y vuestra impresionabilidad puede dar lugar a que las palabras que pronuncio en vindicación de cualquiera cosa que yo considere útil para el partido que represento, produzcan esas tempestades, de que ciertamente no tengo yo la culpa. Por consecuencia, no tengo por qué reproducir lo que dije en otra sesión a que me he referido antes, y en todo lo cual me ratifico y afirmo con toda mi alma.

Ha hablado V. S. de las glorias del año 8, y ha dicho que nosotros las hemos empuñado con la venida de los hijos de San Luis: Sr. Becerra, si V. S. no fuera, parlamentariamente hablando, tan habilidoso en la argumentación, habría recordado que yo he dicho en ocasiones anteriores que no soy elogiador absoluto del sistema de los tiempos pasados; que no entro a juzgar ciertos hechos y la conducta a ciertos hombres; que yo quiero, si, que en España continúe la unidad de miras que debe continuar; pero siempre conforme a esa unidad con la variedad que esa unidad debe tener, como propia de los tiempos y de las circunstancias. ¿Soy yo acaso partidario absoluto de todas las instituciones antiguas, de todo lo que hacían sus hombres, de ciertas instituciones políticas religiosas, propias de su tiempo, impropias al presente, de la monarquía tal como se halla establecida?

No, señores, soy partidario del espíritu que animaba a aquellas instituciones, pero yo jamás he dicho que sea partidario de todas esas instituciones y que quiera que se restauren ahora en nuestro país. Esto que V. S. con su habilidad parlamentaria no quiere recordar, hace ver que nosotros no somos revolucionarios, que no solo no somos revolucionarios, sino que no somos reformistas; hay mucha diferencia, tratando la cuestión en principios, entre ser revolucionario y ser reformista.

Por lo demás, V. S. sabe que los franceses del año 20 vinieron aquí a deshacer lo que habían defendido los franceses del año 8 y por consecuencia, vayas franceses que franceses, ha dicho V. S. no hemos querido más que mandar por medio de la degradación. Tampoco puedo contestar a esto. Los absolutistas, los que llama así V. S., si hubiéramos querido mandar, me parece que en tantos años de liberalismo nos hubiéramos hecho liberales para conseguir el poder, y sin embargo, V. S. ha visto que no solo no hemos mandado ni hemos vivido en cierta hoguera social, sino que estamos (hablo en nombre de los que el Sr. Becerra llama absolutistas) proscribiendo, viviendo completamente en el ostracismo y siendo objeto de todas las mortificaciones que elementos contrarios pueden imponernos, sin que nos apure gran cosa el no mandar.

Ha dicho también el Sr. Becerra que no tenemos religión, ni patriotismo alguno, que V. S. cree que la dignidad de la patria está en la independencia que la independencia lo es todo: sobre esto habría que entrar en largas disertaciones para ver como se conserva o mejor la independencia de la patria, si con la libertad del liberalismo que profesa su señoría ó con la que yo profeso, que no es excepción, que no se concede el bien y el mal, sino que se concede a aquello que es bueno; y no diga su señoría que entonces hay una autoridad infalible que haga esto, porque no hay Gobierno liberal que no se haya constituido en esa autoridad infalible y haya dicho: «tales apreciaciones, tales personas, tales cosas, tales ideas, tales instituciones no convienen, quedan fuera de la ley.» Lo que hay es que SS. SS. quieren en nuestro concepto lo contrario de lo que quiere la inmensa mayoría de los españoles; hacen esto con aquellas cosas que la inmensa mayoría ataca y respeta.

El Sr. BECERRA: Señores, es antiguo aquel dicho de que la discusión sale a luz, y en esta ocasión hasta ha venido a hacer que un diputado que teníamos por absolutista se pronunciara partidario de la soberanía nacional. Yo me alegro mucho de esta variación, por el buen refuerzo que nos proporciona.

El Sr. Ochoa pregunta si nosotros acataríamos a Carlos VII si la nación le votara. Pues yo a mí vez le pregunto a V. S.: si la nación le votara, ¿sería este voto el único título que creyera que tenía para ocupar el trono? ¿Acataría ese candidato la Constitución de 1869? Si no hacía esas dos cosas, yo no le podría acatar. Y en punto a la posibilidad de su venida, yo os digo que la nación ha fallado ya contra ella en primera, segunda y tercera instancia.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Dos palabras solamente. El Sr. Becerra no ha entendido bien lo que he dicho acerca de que la voluntad nacional era favorable a Carlos VII, porque yo creo esto, no por eso me declaraba partidario de la soberanía nacional; yo lo que hacía era decir que el principio nuestro se robustecía con el principio revolucionario, porque el principio nuestro reunía ese otro principio de la voluntad nacional.

Respecto a la venida de los franceses el año 23 para deshacer lo que hicieron el año 8, respecto de este dicho horrendo de lesa patria que atribuía el Sr. Becerra a los partidarios de cierto orden de cosas, no tengo más que decir que si yo digo en el año 36 vinieron también los franceses y otros extranjeros a deshacer lo que hicieron los del año 23.

Me ratifico por lo demás en lo que se refiere a ser yo defensor de los tiempos antiguos en la parte buena, en la parte favorable, y no en la parte pecaminosa, no en la parte que pueda tener de vicioso aquel régimen; a la manera que todos nosotros no defendemos ciertas cosas de nuestras generaciones antiguas aunque defendemos con calor esas generaciones.

El Sr. Becerra rectifica.

El Sr. CASTELLAR: Señores diputados: me levanto con gran desconfianza, porque conozco que la trascendental cuestión de la regencia apenas interesa a la Cámara. Mi amigo el Sr. Becerra ha dicho, haciéndome justicia, que teníamos un gran patriotismo, añadiendo la incontestable verdad de que las instituciones absolutistas, que son la esencia de las instituciones monárquicas, habían venido aquí siempre por la intervención extranjera. Es verdad: flamencos fueron los que implantaron el absolutismo con Carlos V; franceses fueron los que lo restauraron con Fernando VII, y esto ha sucedido en todas partes en el siglo presente: los ingleses sostuvieron a los Borbones en Sicilia; los austríacos los restauraron en Nápoles, y la Santa Alianza en Francia. De manera que el absolutismo y los Borbones son eternos extranjeros en todas las naciones modernas.

Pues bien, señores: ¡qué triste situación la nuestra! El grito de «viva Carlos VII» que en un rapto de entusiasmo me ha lanzado el Sr. Ochoa, a pesar de ser un grito contrario a la libertad y a la patria, doloroso pero necesario es decirlo, es un grito legal, porque las Cortes que han establecido la monarquía pueden mañana elegir como rey a Carlos VII. Lo legal para la revolución son nuestros eternos principios de libertad: de suerte que el Sr. Ochoa está más cerca de la mayoría que nosotros los republicanos.

He dicho, señores diputados, que las Cortes Constituyentes, en virtud de un derecho que yo no discuto, han votado la monarquía, y después de haber combatido como buenos por la república, nuestro eterno ideal, solo nos toca someternos a la legalidad.

Debo decir, señores diputados, en honor de los monárquicos, que no han perdonado medio alguno para proveerlos de un monarca. La fama dice que los agentes diplomáticos han recorrido las cortes europeas, sin carácter oficial, pero con carácter ocioso, en requirimiento de un rey con que llenar el trono que se estaba levantando sobre la movida democracia por manos avarizadas a destruir tronos antiguos arraigados en las tradiciones de la patria. ¿Seis por qué no los han encontrado? Pues por una cosa muy triste: porque los extranjeros conocen mejor a España, que los españoles gobernantes. Porque saben que esta nación tan indomita y tan fiero amor a su independencia no puede consentir que un extranjero sea el custodio de su nacionalidad y el fiador de sus derechos.

No habiendo encontrado rey, buscáis, señores diputados, un semi-rey: no teniendo monarca, buscáis un semi-monarca, un regente.

Yo extraño como vosotros, hombres de Estado, no habéis calculado las dificultades que habría en hallar monarca.

Y permitidme que me lamente de la facilidad con que aquí se olvidan aún aquellas palabras que parecen nacidas de la más profunda convicción. ¿Dónde están aquellos progresistas que durante el período electoral proponían como jefe del Estado al general Espartero? Cuando vinimos tantos partidarios suyos fuera de esta Cámara imprimiendo su nombre, repartiéndolo en láminas su elíge adornada con la púrpura real, ¿cómo se explica que no haya aquí ni un solo representante suyo? ¿No hay ninguno entre los progresistas que se atreva a levantar la bandera del duque de la Victoria? ¿Habrá aquí vivas para Carlos VII, y no habrá uno solo para el que venía a los carlistas en los campos de batalla? ¿Qué decir, señores diputados, del épico sueño de la unión de España y Portugal bajo el cetro de Fernando VIII? ¿Qué decir de la seguridad con que el señor ministro de la Guerra exclamaba cierta tarde tratando de cuestiones reglamentarias: «No se preocupe el Sr. Castelar por el rey; tenemos principio de alta y poderosa estirpe?»

Y para cuando deja el ministro de Marina sus antiguos bríos? El, que nos dijo preferir a la república, el gobierno del país por el país, el gobierno de un Borbon, de un extranjero, ¿cuándo aguarda a levantarse en ese banco para gritar «viva el duque de Montpensier?» (El señor ministro de

Marina pide la palabra.) Esta es la hora de traer el rey, inmediatamente después de votada la monarquía, cuando la Constitución está reciente y no ha recibido ningún agravio.

Discutamos, señores, la persona del regente. Así como toda monarquía es una institución personal, toda vicemonarquía es una institución semipersonal. Cuando a una persona se le sube tan alto que casi se la pierde de vista; cuando se la declara inviolable, irresponsable, y por consecuencia infalible, cuando se le atribuyen las grandes prerrogativas que le dais por la Constitución, es indispensable que tratemos no solo de su historia, sino de sus cualidades, de su carácter y de sus antecedentes; porque de todo esto depende, no ya nuestra suerte y la de nuestras familias, sino la suerte, la honra y la dignidad de la patria.

No temáis, sin embargo, que salga de mis labios una sola palabra que pudiera ofender al ilustre general Serrano. No sería digno de mí ofenderle, cuando por altos sentimientos de delicadeza que yo respeto no puede sentarse en ese banco. Reconozco su lealtad, su caballerosidad, su generosidad, todas las altas prendas que el mayor de sus amigos quiera concebirle. Dejádme, pues, hablar del general Serrano.

En primer lugar, dicho sea sin ofensa para los militares, tiene el inconveniente de que es militar. Yo creo que en las circunstancias en que nos encontramos se necesita para regente un grande hombre de Estado, y yo niego que los militares puedan serlo. La religión de la milicia, la inflexibilidad de la disciplina, la vida de los campamentos, todo eso que es tan necesario, tan grande y tan heroico, se convierte en contra de ellos cuando quieren dirigir la máquina del Estado, y sobre todo, la complicada máquina del sistema representativo.

Así es que si recordais la lista de los hombres de Estado, difícilmente encontraréis un militar.

Es, señores, que el aire de los campamentos no ha servido nunca para las cortes. Y el ejemplo lo tenemos en el mismo general Serrano. Siempre que aquí ha habido una gran cuestión, como se ha asemejado a una gran lucha entre fuerzas beligerantes, el general Serrano se ha levantado y ha pronunciado una de esas arengas que son modelos de la elocuencia militar, y ha conseguido una victoria. Pero ¿tiene V. S. esas mismas cualidades para resolver las cuestiones políticas?

Y esto no lo digo tanto para negar el carácter de hombres de Estado a los militares como para demostrar que este carácter militar del general Serrano explica sus inconsecuencias. ¿Las concepciones mayores que las que él ha cometido? El trabajo con Espartero contra la reina Cristina, y después derribado a Espartero en Barcelona. Entró en el mes de Mayo en la coalición de 1833, y la abandonó en el mes de Noviembre. Sostuvo al ministerio puritano, y le dejó caer más tarde en el abismo. Forzó al general O'Donnell a que firmara el programa de Manzanares en que se estableció la Milicia Nacional, y apoyó más tarde al ministerio que la disolvió definitivamente. El con un gesto salvó la dinastía de Isabel II el 23 de Junio en la Montaña del Príncipe Pío, y con otro gesto la derribó el 28 de Septiembre en el puente de Alcolea. ¿No teméis entregar la suerte del país, sobre todo en el período de la suspensión necesaria de sesiones, a un ser tan heroico, pero tan imprevisible como el general Serrano? Si no teméis, señores diputados de la mayoría, os digo que teméis el instinto del suicidio.

El general Serrano es el jefe y nada más que el jefe de un partido. Entre sus grandes cualidades tiene la de ser muy amigo de sus amigos. Después de haber estado oscilando tanto tiempo entre las diversas facciones que componen los partidos políticos de España, se ha fijado en la unión liberal, y debo añadir que siente hacia ella el grande afecto que tienen todos los jefes de partido cuando han visto en gran peligro a los que profesan sus ideas. Agregad a esto el corazón noble y generoso del general Serrano, y comprenderéis que esta pasión debe ser muy fuerte, el cariño más acendrado, y que debe temerse que esa pasión y ese cariño hacia ese partido le arrastre a mayores imprudencias y a más grandes errores.

Pues, señores, al partido más reaccionario de esta Cámara le vais a dar el poder supremo, y vamos a encontrarnos en el mismo triste caso que en 1836, con la legalidad en manos de la reacción. ¿Qué decís de la herejía monárquica que ha salido de esos bancos, manteniendo que el rey no debe tener lista civil y que solo debe poseer unas cuantas tierras que el mismo ha de arar, como si tuviera obligación de ser un Cincinato?

Pues bien, esto quiere decir que absolutamente todos, sin quererlo, sin saberlo, contra vuestra propia voluntad, oponéis obstáculos inmensos a la consolidación de la monarquía. Y si este es el estado de las ideas políticas, ¿cuál es el de las leyes económicas? El presupuesto monárquico que ha presentado aquí el ministro de Hacienda y ha llamado al país. El estado de las ideas, y sobre todo las leyes económicas, están pidiendo la realización de nuestro ideal de Gobierno.

¿Y creéis que esto puede remediarlo con una política de unión liberal? ¡Ah señores! la unión liberal es una oligarquía burocrática, servida por otra oligarquía militar, y nada hay más caro en el mundo que las oligarquías. Por consecuencia, el país, que está pobre, no puede darse el lujo de tener una política de unión liberal.

Y, señores, cuando el país está cansado de una política de partido, cuando quiere un poder encerrado dentro del bastión de la democracia, cuando quiere separar la Iglesia del Estado, concluir con las oligarquías burocrática y militar, vais a darle una política que será hoy el retroceso y mañana la bancarota.

Señores, lo más grave que pasa en esta revolución es, y meditado bien, la imposibilidad de su solución. Toda revolución tiene un período de preparación, que es largo; un período de explosión, que como todo período violento, es breve; un período de represión, que es doloroso; y un período de solución, que es el presente, el cual debe ser breve, brevísimo; como todas las grandes inspiraciones.

Vosotros, que estais aquí reunidos hace tanto tiempo, no tenéis más que soluciones interinas: Gobierno provisional interino, Poder ejecutivo interino, regencia interina. ¿Hasta dónde, hasta cuándo vais a prolongar esta interinidad? ¿No teméis que un día venga aquí un batallón del ejército o una compañía de voluntarios de la libertad y os digan: «¡Idos de aquí, sofistas, que habéis hecho una revolución sin soluciones!»

Pero, señores, necesitamos acudir a la historia antigua para saber lo que es una regencia semilégítima, semimilitar. Estoy seguro de que el nombre de doña María Cristina sale de todos los labios. Era una ruidosa aparición de Italia, con la sonrisa de la esperanza en los labios y el iris de paz en la frente. Su intercesión dio la amnistía. Nuestros padres volvieron a la patria, volvieron al hogar donde arrastraban prematuros lutos de viudez nuestras madres abandonadas.

La generación a que yo perteneczo ha nacido de la efusión de aquella alegría. Yo recuerdo aun mis sueños de niño. Y veo la sonrisa de María Cristina entre los séres celestiales delante de los que mi madre me enseñaba a balbucear las primeras oraciones. Y esta gratitud se había apoderado del corazón del pueblo.

El día que vino aquí a jurar la Constitución de 1837, vino sobre un pavimento de flores, menos olivos, menos purpura que las esperanzas encerradas en el corazón de todos los españoles. Y sin embargo, señores, a los tres años, un orador eclesiástico que no ha tenido sucesor, subió a este mismo sitio y nos dijo que aquella señora se había embarcado para extranjería tierra, y que solo la había despedido el lamento producido por las

FUNCIONES

EN DESAGRAVIO A DIOS Y A LA VIRGEN

POR LAS BLASFEMIAS

PROFERIDAS EN EL CONGRESO DE DIPUTADOS.

976. Prova de Avila.—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—6 de Junio.
977. Valdeorras (Orense).—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con igual objeto.—6 de Junio.
978. Layos.—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—23 de Mayo.
979. Bogajo.—Iglesia parroquial.—Funcion con igual objeto.—30 de Mayo.
980. Esporza (Pamplona).—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con igual objeto.—6 de Junio.
981. Sesa (Huesca).—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con dicho objeto.—23 de Mayo.
982. Idem.—Iglesia de Nuestra Señora de Jareta.—Solemne funcion con igual fin.—6 de Junio.
983. Salillas (Huesca).—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—26 de Mayo.
984. Aldehuela (Caceres).—Iglesia parroquial.—Funcion con el mismo objeto.—26 de Mayo.
985. Valdiviño (Ferrol).—Iglesia parroquial.—Solemne novena con igual fin.—27 de Mayo.
986. Gajano (Santander).—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—6 de Junio.
987. Garganta la Olla.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con el mismo fin.—30 de Mayo.
988. Mantagut.—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—6 de Junio.
989. Tiedra.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con dicho fin.—23 de Mayo.
990. Nalech.—Iglesia parroquial.—Funcion con dicho objeto.—23 de Mayo.
991. La Olmeda.—Iglesia parroquial de Santa Maria Magdalena.—Solemne funcion con el mismo objeto.—30 de Mayo.
992. Higuera la Real.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con igual fin.—23 de Mayo.
993. Balsarrens.—Iglesia parroquial.—Solemne triduo con igual fin.—23 de Mayo.
994. Santguim de la Plana.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con dicho objeto.—6 de Junio.
995. Maella.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion al expresado fin.—16 de Mayo.
996. Idem.—Idem.—Idem.—23 de Mayo.
997. Calaceite.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con el indicado objeto.—23 de Mayo.
998. San Garcia de Ingelmos.—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con el expresado fin.—6 de Junio.
999. Lucena (Córdoba).—Iglesia parroquial.—Solemne funcion con dicho objeto.—10 y 14 de Mayo.
1000. Idem.—Iglesia de Santa Clara.—Solemne funcion con dicho objeto.—30 de Mayo.
1001. Idem.—Parroquia de San Agustín.—Solemne funcion con dicho objeto.—31 de Mayo.
1002. Idem.—Colegio de la Purísima.—4 de Junio.
1003. Idem.—Idem.—Idem.—6 de Junio.
1004. Idem.—Iglesia de las Descalzas.—Solemne funcion con dicho objeto.—7 de Junio.

Nuestros lectores conocen la carta magistral que nuestro amigo el presbítero D. Francisco Gago dirigió en Abril último al Sr. Castelar, probándole su falta de conocimientos históricos y la ligereza ó mala fe con que hizo alguna de sus citas.

Natural parecia que el diputado republicano hubiese vuelto por su reputacion literaria al menos, pero hasta ahora se ha llamado como un muerto, de miedo sin duda de medir sus armas con un sacerdote. Sobre todo despues del segundo reto que le hace el Sr. Gago en la carta que á continuacion copiamos, no puede humanamente pensarse otra cosa del Sr. Castelar, sino que sus escasos conocimientos le impiden entrar en polémica con el Sr. Gago.

Quede, pues, sentado que un cura, un apaga-luces ha conseguido con una simple carta apagar tambien los fuegos al Sr. Castelar, quien de hoy en más si no estudia y se enmienda, pasará solo por uno de tantos habladores que en mejores ó peores formas dicen lo que se les ocurre, sin considerar si lo que dicen es bueno ó malo, cierto ó falso, racional ó absurdo.

Hé aquí ahora la nueva carta del Sr. Gago:

«Sr. D. Emilio Castelar: no sé si habrá unos veinte dias que tuve el honor de remitirle Vd. la procedente carta. Al insertarla en el periódico *el Oriente*, me hizo su director el obsequio de dejar abiertas las columnas de su publicacion para admitir en ellas cuantas refutaciones de mi escrito quisieran remitirse. Ningun admirador de Vd. ha querido hasta ahora tomarse la molestia de escribir dos palabras siquiera en su defensa; lo cual no es muy extraño, si se considera que Vd. abandona completamente la discusion en la prensa, tan solememente ofrecida en las Cortes Constituyentes. Conste, pues, que Vd. calla porque no tiene, sin duda medios para defender su mal parado título de catedrático de Historia; y que los neos, los apaga-luces, los amigos de las mordazas y enemigos de la discusion lo han reducido á Vd. al silencio mas vergonzoso.

Soy de Vd. con la mayor consideracion afectuosa seguro servidor y capellan Q. B. S. M.—Francisco Mateos Gago.

Sevilla, 17 de Mayo de 1869.

Segun dice un periódico, ayer tarde sufrió la imputacion de la pierna el Tato, que, como recordarán nuestros lectores, fué herido al matar un toro en la corrida dispuesta para celebrar la promulgacion de la Constitucion. Si sinimos esta desgracia á las manifestaciones habidas en algunos puntos contra el nuevo Código, bien puede decirse que este nace bajo malos auspicios.

Se están recibiendo en Madrid, desde hace algunos dias, considerables partidas de *ochavos morunos* procedentes de Africa, y que vienen consignadas por la aduana de Cádiz como *metal co-brizado viejo*. Anteayer hizo detener el gobernador una cantidad de dicha moneda de 300 kilogramos de peso, quedando además en la estacion del ferro-

carril del Mediodia otras dos remesas de otros 300 kilogramos de peso una, y otra, mayor todavía, contenida en 19 seras.

Con este motivo parece que la autoridad civil va á dirigirse al señor ministro de Hacienda para que adopte una medida que evite sigan cometiéndose los abusos á que se presta el tráfico que se hace con la espresada moneda.

Telegramas de Lisboa confirman el rumor de haber fracasado el proyectado enlace del infante D. Augusto con una hija de los duques de Montpensier.

Parece que D. Fernando ha escrito una carta en este sentido.

Con motivo de hallarse muy próxima la solucion de la crisis ministerial, son varias las noticias que anoche publica *La Correspondencia* acerca de ella, algunas de las cuales, como de costumbre, se contradicen.

Véanse las siguientes:

«Esta mañana han tenido una larga conferencia los Sres. Prim y Rios Rosas; algunas personas suponen que han debido ocuparse de la cuestion de nuevo Gabinete.

«Hoy se ha asegurado que el señor marqués de la Vega de Armijo se encargaría del ministerio de Estado. Este rumor ha crecido al saberse que el general Prim había celebrado esta tarde una conferencia en las Cortes con dicho señor. No creemos infundada la opinion de que en efecto en esa conferencia hayan tratado de la cuestion: pero sabemos de un modo positivo que el señor marqués de la Vega de Armijo ha negado categóricamente á personas que le han preguntado el hecho de que haya de ocupar dicho ministerio.

«Esta tarde, despues de la sesion, ha celebrado una conferencia el general Prim con algunos diputados importantes del partido democrático, y se supone que de esta entrevista quedará resuelto qué carteras habrán de confiarse en el nuevo Gabinete á aquella fraccion.

«A última hora se tenían esperanzas de que mañana mismo ó pasado á más tardar se constituya el nuevo Gabinete, á pesar de las dificultades que ofrece la necesidad de dar una cartera de influencia política interior á los demócratas. Mas como no hay más cartera de estas condiciones, disponible, que la de Gracia y Justicia, y parece que la union liberal alega razones análogas á las de los demócratas, si ha de aceptar participacion en el poder, de aquí el que algunos consideren difícil la solucion, por más que todos se prometan mucho del patriotismo de ambas fracciones.

«Segun nuestras noticias, los economistas de la Cámara se niegan resueltamente á encargarse de la cartera de Hacienda.

«Hoy se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, y lo ponemos en duda, que el ministerio no variará en más que en quedar de presidente el general Prim, y en suprimirse la cartera de Ultramar. Repetimos que la noticia no nos merece gran crédito.

Pero es el caso, que despues de tantas conferencias, visitas y conciliabulos, muy poco ó nada se ha adelantado en la reconstitucion del ministerio, si hemos de creer lo que nos dice *La Epoca* de anoche en los siguientes renglones:

«Aunque todo hace creer que hoy quedará votada la regencia, y mañana, por consiguiente, estará el general Prim encargado de la formacion del nuevo ministerio, no se susurra que estos trabajos estén muy adelantados. La opinion general es que, vistas las dificultades, seguirá el mismo ministerio.

Esto quiere decir que si es votada hoy, como parece probable, la regencia, los aspirantes á carteras corren el peligro de ver burlados una vez más sus esperanzas.

La Política guarda profunda reserva sobre esta materia más complicada de día en día.

Leemos en *La Política*:

«Con el casamiento de D. Fernando de Portugal con la señora Henzler (no la Fanny Essler, sino una hermana de la célebre bailarina de este nombre, como han dicho algunos periódicos) se han reanimado las esperanzas de los partidarios de la candidatura de un miembro de la casa de Braganza para el trono de España.

«Ya está en situacion legal, y ahora es posible que quiera lo que antes desdenó por no renunciar á sus más caras aficiones», decía la otra noche uno de los más influyentes y obstinados partidarios de esa candidatura.

«Si, como creemos, estas noticias son ciertas, no extrañaremos que el día menos pensado nos digan los periódicos de Lisboa que ha llegado allí un nuevo Mr. Martin con el alto encargo de explorar la voluntad de la *ci-devant* Madama Henzler, hoy condesa Edia, la cual no sería imposible tuviese alguna veleidad de ceñirse la corona de Isabel la Católica.

Ignoramos á qué general aludirá *La Política* en los siguientes líneas:

«En el acto de la jura de la Constitucion en el ministerio de Marina ha ocurrido hoy un incidente notable, en que ha sido autor un teniente general, exento hoy de servicio, que ocupaba un alto puesto el 29 de Setiembre.»

Parece, segun dice un periódico, que en la reunion celebrada el viernes por la comision de presupuestos, manifestó el señor ministro de Hacienda que por su parte y como ministro no tenía inconveniente en añadir á una de las bases arancelarias las palabras «sin perjuicio de lo que acuerden las Cortes de 1875», adición pedida por los industriales, aun cuando era una redundancia, único motivo que le había guiado á no añadirla cuando presentó dichas bases. «La adición, añade, no fué admitida por la mayoría de la comision, sin embargo, atendiendo á consideraciones de decoro, á causa de haberse pedido por un industrial catalán, por medio de un telegrama, que se calificó de inconveniente, y por haberse recibido otro de los obligacionistas de Barcelona que tambien fué calificado como el anterior, y la comision supuso que una transaccion en tales momentos podría dar lugar á que se interpretase la comision en un sentido desfavorable á su dignidad, suponiéndose que obraba bajo la presion de estos telegramas, á pesar de no tener importancia alguna la pretension de los proteccionistas.»

Las correspondencias del Perú, que alcanzan al 27 de Abril, dan más extensos pormenores sobre la abortada intencion de Lisardo Montero para apoderarse de la escuadra y pronunciarse contra el presidente Balta. El proyecto era narcotizar ó envenenar á la oficialidad del monitor *Huascar* para que de él se apoderara Montero; pero un sargento denunció el crimen, no obstante lo cual en Are-

quipa y en la provincia de Chincha había habido un principio de sublevacion.

En Chile, cuyas cartas llegan al 12 de Abril, se hablaba del cambio ministerial y de preparativos para el arreglo de la cuestion española.

El ministro americano en el Paraguay, general Mac-Mahon, cuyo paradero se ignoraba despues de la ocupacion de Asuncion por los brasileños, abrigándose temores por su suerte, ha parecido al fin, y segun las últimas noticias se encuentra sano y salvo en la expresada ciudad. Los periódicos americanos dicen que si hasta ahora no se han tenido noticias de su representante ha sido porque las autoridades brasileñas interceptaban los despachos del general Mac-Mahon. Creemos esto poco probable.

De un periódico de anoche tomamos lo siguiente:

Ayer dieron principio en Valladolid las conferencias federales de los comités de ambas Castillas. El acto comenzó con un discurso del presidente del partido republicano de Valladolid, siguiendo otro del Sr. Altolaguirre (D. Juan N.), representante del comité central.

Seguidamente se organizó una manifestacion que recorrió las principales calles; y al llegar al punto de partida pronunciaron breves discursos los señores García Roco de Toledo, Guerra de Valladolid y Orense.

De las 17 provincias convocadas, sólo han asistido comisionados de once.

Los partidarios del sistema republicano recorrieron la voz entre sus amigos para que ojalá los balcones cuando pasase la manifestacion, y á pesar de sus trabajos al efecto, sólo vieron colgaduras en 12 casas y tres balcones de la plaza Mayor.

Las cartas de la Habana, que alcanzan al 22 del pasado, dan los siguientes pormenores sobre la insurreccion:

«Los insurrectos han quemado, además del bonito pueblo de San Miguel, entre Nuevitas y Puerto-Principe, los ingenios Recreo y Santa Margarita, de la misma jurisdiccion, y un potoero que está entre los dos, á un cuarto de hora del pueblo citado.

Ha sido pasado por las armas en Santiago de Cuba el cabecilla de los insurrectos D. José Antonio Rodríguez, natural de Holguín, y complicado en los horribles asesinatos de Mayarí.

Los voluntarios catalanes están acampados á siete leguas de Nuevitas.

En San Andrés los insurrectos incendiarios han llenado las casas de guano para darles fuego tan pronto como vean llegar tropas.

Los insurrectos han quemado el ingenio de la señora viuda de Leal, jurisdiccion de Santiago de Cuba.

Se confirma la prision de Napoleon Arango y otro hermano suyo por orden de Quesada.

Las fuerzas rebeldes del Camagüey han menegado mucho y están mal armadas y mal montadas, pues en sus continuas correrías han destruido mucho ganado caballar. Carecen de sal, arroz y harina, y sólo se alimentan con carne y viandas, que tienen en abundancia, y sazonan con agrio de limón.

Se asegura que Aguilera está en Guaimaro.

Los insurrectos han dado fuego á los pueblos de Santa Bárbara y San Andrés y al de Maucabon, en la jurisdiccion de Gibara, cuyas casas habian llenado previamente de guano seco, para que ardieran mejor. Quemaron además dos ingenios.

El capitán general debió salir el jueves 20 con direccion á Cienfuegos y Trinidad, lo que no ha verificado por hallarse enfermo con calentura y de cierto cuidado.

Ha entrado el vapor *Gorrión*, conduciendo á remolque las dos goletas raqueras apresadas hace quince dias cerca del cabo de San Antonio.

El vapor *Mocutema* ha cuado con la goleta costera *Flor de la Habana*, echándole a pique, á la entrada de Cárdenas, y ahogándose un solo marinero, á cuatro millas de la farsa de Noroeste.

El estado de la jurisdiccion de Manzanillo ha mejorado mucho: los insurrectos se alejan, y los vecinos pacíficos empiezan á dedicarse con alguna tranquilidad á sus faenas.

Se acaba de organizar en Manzanillo una seccion de contraguerrilleros, los cuales todos, incluso el jefe, montan en enjama y visten pantalón y chaqueta de Rusia, sombrero de yarey y zapatos de cuero, estando armados de fusil Peshovy y machete garantizado. Los manda el teniente del regimiento de la Corona, Sr. Rios, oficial sagaz, entendido y prudente.

Se asegura que Carlos Manuel Céspedes ha dicho que «ya el ejército libertador no quiere batirse con las tropas españolas, y basta que divise á lo lejos una blusa azul, para que se apodere de cuantos le componen un terror pánico».

Ha sido muerto en la jurisdiccion de Manzanillo el cabecilla insurrecto Melchor Nuñez.

La Gaceta de hoy no contiene disposicion alguna de primer orden.

De un diario de noticias de anoche tenemos los siguientes:

«La cuestion arancelaria respecto á cereales, no ha podido ser resuelta conciliatoriamente en la comision de presupuestos, y quedarán comprendidos en la base 4.ª. Pero los defensores de los intereses de los agricultores de Castilla presentaron voto particular fijando el tipo de 16 rs. por cada 100 kilos de trigo y 17 para la harina ó sea unos 7 rs. y medio por fanega. La diferencia de opiniones consiste entre el tipo de 5 rs. y el de 7 por fanega. Creemos que sería ya una gran transaccion el partir la diferencia y fijar 6 rs. por fanega.

«Ayer juraron las tropas de la guarnicion de Barcelona con el general, Nouvilas, la Constitucion.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

NUEVA YORK 13 (por el cable).—El agente de los insurrectos de Cuba ha propuesto al Gobierno de los Estados Unidos que reconozca la independencia de Cuba á consecuencia de la dimision del general Dulce.

El Sr. Fisch ha rechazado esta proposicion, diciendo que el cambio de gobernador no significa el abandono de Cuba por España, añadiendo que el reconocimiento no podía tener lugar sino despues que la independencia sea un hecho efectuado por la completa expulsion de las tropas españolas.

Se asegura que el Gobierno de los Estados Unidos ha resuelto no reconocer á los insurrectos.

PARIS, 13.—Se confirma que no ha habido ningun desorden en la noche pasada, y se han hecho unas cuantas prisiones.

El periódico *le Monde* dice que la policía ha cogido papeles y obtenido revelaciones curiosas sobre los recientes desórdenes.

El periódico *la Presse* asegura que el Sr. Haussmann, prefecto del departamento del Sena, ha presentado su dimision, la que le ha sido definitivamente aceptada.

PARIS, 14.—El *Journal officiel* da cuenta de los desórdenes que han tenido lugar en Paris, en Nantes, en Burdeos y en Saint-Etienne.

Dice que la autoridad sabia, por informaciones muy verídicas, que un cierto partido, que posee varios periódicos, había decidido ocasionar tumultos con motivo del escrutinio de ballotaje.

Despues de hacer el relato de los desórdenes, *Le Journal officiel* dice que la justicia se ha hecho cargo ahora de todos estos hechos que han provocado y acompañado deplorables excesos, y que es á ella á quien pertenece el buscar á los autores y á los organizadores.

El *Journal officiel* hace constar la paciencia, la firmeza, la moderacion y el valor de las autoridades civiles y militares.

En ningun punto el Gobierno se ha visto en la necesidad de recurrir á las armas. Tiene la satisfaccion de haber podido reprimir por todas partes los desórdenes sin efusion de sangre.

(De la Agencia Fabra).

PARIS, 14.—En los círculos políticos se confirma la noticia de que la agitacion de estos últimos dias es el resultado de una vastísima conspiracion con grandes ramificaciones en los departamentos.

Asegúrase que el Gobierno imperial tiene las pruebas de la existencia de dicha conspiracion.

El número de los presos durante los últimos acontecimientos sube á cinco mil personas.

El prefecto de policía, Mr. Pietre, ha emitido la opinion de enviar á Cayenna todos los presos, estableciendo al efecto una colonia especial.

BERLIN, 14.—Las Cámaras prusianas parecen dispuestas en votar las nuevas contribuciones que han sido desechadas por el Reichstag y el *Zoll Parlament* tambien votará los subsidios necesarios para cubrir una parte del déficit en los presupuestos.

PARIS, 14 (por la noche).—Asegúrase que el duque de Persigny ha recibido del emperador el encargo de ofrecer á Mr. Emilio Ollivier una cartera, y se añade, que este hombre político se ha negado categóricamente á aceptar dicha oferta.

El principe de Taylerand va á ser relevado del cargo de embajador de Francia en San Petersburgo, y nombrado senador del imperio.

El periódico *le Rappel* volverá á publicarse el jueves próximo. Tuvo que suspender su publicacion con motivo de haber sido presos la mayor parte de sus redactores.

En la Bolsa de hoy se han cotizado: 3 por 100 exterior español, á 30 00. 3 por 100 francés, á 71 30. 4 1/2 id., á 102 75. 5 por 100 italiano, á 57 25.

LONDRES, 14.—Consolidados ingleses, á 92 5/8 á 3/4.

RIO JANEIRO, 23 de Mayo.—El presidente Lopez ocupa en este momento posiciones inexpugnables en medio de la Sierra Escura.

Las últimas noticias del teatro de la guerra, dicen que han tenido lugar solamente algunas pequeñas escaramuzas.

El comercio sigue algo mas animado.

El ministro americano en esta capital ha pedido sus papeles, con motivo de la negativa de nuestro Gobierno de pagar la indemnizacion pedida por el asunto del buque «Canadá»; pero se cree que este rompimiento no durará mucho tiempo, y que se hará un arreglo amistoso.

LISBOA, 14.—La reina doña Pia ha salido hoy con direccion á Italia y á Alemania.

NOTICIAS GENERALES.

La Caja general de depósitos satisfará el día 16 del actual, desde las diez de la mañana á las dos de la tarde, el coupon vencido en 1.º de Enero último, de los efectos públicos y del Tesoro depositados en la misma, y cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 3,793 al 3,880 inclusive.

Durante el ejercicio del año próximo pasado, en la explotacion de los 5,178 kilómetros 739 metros de las líneas de España, han ocurrido 137 accidentes personales, produciendo 58 muertos y 79 heridos.

El único muerto en descarrilamiento fué un empleado en la compañía del Norte; en choque no ha muerto nadie; todos los muertos lo han sido por imprudencia y otras causas ajenas á los accidentes de la marcha de los trenes.

De estos últimos, 7 eran viajeros, 28 empleados de las compañías, y 22 extraños completamente al servicio.

En descarrilamientos han resultado solamente 3 heridos, los tres empleados de la empresa del Noroeste; en choques resultan 9 heridos; seis empleados de la empresa y uno del Gobierno, los siete en la línea de Langreo, y dos viajeros en las de la empresa de Madrid á Alicante y Barcelona.

Hoy ha llegado el tren correo de Aragon, con cuatro horas de retraso por haberse roto la maquina en Sigüenza. No han ocurrido desgracias personales.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Modesto, Santa Crescencia y San Vito.

SANTOS DE MAÑANA. San Aureliano, Obispo, San Quirico y Santa Julia, mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas de Góngora, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde preces y reserva.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora del Carmen en su iglesia, ó en la parroquia de San José.

Se reza de San Juan Francisco de Regis, con rito semi-doble y color blanco.

LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EN MADRID EL DÍA 14 DE JUNIO DE 1869.

Con 60,000 escudos. 17043
Con 40,000 id. 18363
Con 15,000 id. 8696

Con 1,000 escudos.

91 44 815 1247 3056 5070
5311 5520 5976 6219 8191 8446
8952 9817 9951 10130 11128 11915
12317 12875 13655 13663 15096 15687
17593 18220 19265

Con 200 escudos.

1 2 55 142 119 120
130 143 163 194 243 270
295 311 315 350 353 412
453 462 525 546 555 590
610 614 661 662 696 740
739 744 806 824 825 838
841 849 859 862 879 880
885 967

1016 1082 1104 1107 1141 1157
1148 1184 1192 1234 1250 1254
1266 1295 1314 1325 1337 1339
1356 1392 1414 1418 1424 1432

1461 1480 1507 1544 1609 1613
1625 1629 1655 1719 1729 1736
1791 1809 1812 1831 1833 1836
1851 1865 1888 1896 1902 1982
2141 2152 2181 2236 2238 2240
2267 2275 2309 2312 2331 2351
2352 2366 2394 2413 2416 2426
2492 2506 2521 2523 2535 2536
2556 2571 2575 2588 2606 2608
2624 2634 2681 2683 2703 2720
2730 2738 2740 2761 2796 2805
2843 2891 2965 2976

3000 3002 3007 3048 3049 3050
3056 3068 3073 3074 3075 3078
3102 3105 3124 3121 3263 3296
3321 3323 3370 3380 3429 3436
3452 3464 3480 3516 3565 3604
3641 3653 3692 3702 3768 3784
3855 3873 3878 3880 3911 3926
3933 3964 3968 3981 3983 3994

4016 4064 4097 4114 4141 4142
4155 4165 4171 4211 4287 4367
4422 4429 4460 4472 4564 4683
4686 4736 4741 4759 4769 4780
4783 4796 4832 4835 4884 4932
4950 4966 4971 4979

5007 5035 5044 5079 5122 5131
5163 5171 5183 5274 5298 5340
5321 5357 5370 5416 5428 5521
5522 5533 5536 5557 5612 5616
5649 5666 5708 5762 5824 5825
5849 5859 5927 5969 5979

6032 6040 6051 6067 6068 6104
6137 6148 6165 6184 6223 6233
6253 6289 6317 6366 6409 6453
6460 6500 6518 6525 6539 6542
6551 6577 6592 6601 6629 6636
6674 6696 6706 6758 6761 6762
6766 6769 6781 6804 6812 6830
6845 6880 6941 6992

7014 7040 7054 7062 7066 7074
7122 7137 7144 7167 7180 7191
7236 7241 7248 7310 7334 7345
7356 7357 7365 7367 7381 7402
7439 7450 7525 7527 7538 7554
7569 7594 7612 7614 7656 7687
7713 7731 7749